

la participación en la vida pública se les abren a los seres humanos nuevas y vastas perspectivas de obrar el bien; los frecuentes contactos entre ciudadanos y funcionarios públicos hacen a éstos menos difícil el captar las exigencias objetivas del bien común, y el sucederse de titulares en los poderes públicos impide el envejecimiento de la autoridad; antes bien le confiere la posibilidad de renovarse, en correspondencia con la evolución de la sociedad."

Conviene recordar que la Iglesia, como certeramente lo recuerda Pío XII en el documento antes citado, "no reprueba ninguna de las diversas formas de gobierno, con tal de que sea apta por sí misma para la utilidad de los ciudadanos", y que su preocupación más que a los distintos regímenes se dirige al hombre, pero no podemos menos de reconocer que estos valores que constituyen la "democracia sustancial", respeto y defensa de la dignidad y libertad del hombre, igualdad de oportunidades, participación en la vida pública, están muy en consonancia con el mensaje evangélico y el destino sublime de la persona humana y que bajo este respecto encajan muy bien "sana y equilibrada democracia" e Iglesia de Cristo.

Y nos atreveríamos a citar, haciéndolo nuestro y ampliándolo a los posteriores pontificados, el hermoso texto que I. Giordani refiere a Pío XII:

"Así el Papa ha elevado a la democracia a una dignidad nueva, y así aparece ella como el sistema racional y humano, más completo y noble, hasta hoy, para el gobierno de los pueblos... La democracia le parece al Papa el régimen de la paz y de trabajo, de la libertad, de la moralidad; ciudadanos y gobernantes se sitúan unos respecto a otros en relaciones de colaboración y servicio, que excluyen definitivamente la humillación de los unos y el abuso de los otros." (Le encicliche sociale del Papi, Studium, Roma, 1956.)

La verdadera democracia es un riesgo, como felizmente la ha calificado Friedrich Heer, y si el porvenir ha de pertenecer a ella, como señalaba Pío XII, una parte esencial en su realización corresponderá a la religión de Cristo y a su Iglesia. La democracia se atrofiará cuando se atrofie el cristianismo, y se estremera uno al reflexionar sobre este texto del mismo Heer:

"La creciente atrofia de la sustancia cristiana de Europa amenaza los más profundos fundamentos de la cultura europea. Para no rebajar a uno mismo y al adversario a "material humano", propio para el trabajo y la experimentación, ha de verse en el hombre una persona que procede de la divinidad y vive con todos los hombres como hermano." (La democracia en el mundo moderno, Rialp, Madrid, 1955, pág. 154.)

La democracia no es un hecho petrificado en un régimen u otro, sino un hacerse constante, perfectible como el hombre, y que debe urgir al cristiano a la tarea ininterrumpida de prestar fuerzas, entusiasmo y espíritu a su construcción. Así prepara el Reino de Dios que no tendrá fin y donde el hombre se realizará plenamente en todas sus virtualidades. Y también en su ser social y político.

TEILHA

Teilhard de Chardin. Jesuita francés. Antropólogo codescubridor del "Hombre de Pekín" (que resultó ser mujer y él la llamó "Nelly"). Considerado en sus días entre los más expertos en paleontología y antropología física combinadas. Murió hace nueve años en Nueva York el día de Resurrección.

Su influencia en el campo de las ideas va creciendo más y más. Europa lo muestra. Dos nombres ocupan actualmente el pensamiento europeo: Teilhard de Chardin y Hegel. Casi un libro sobre Teilhard por semana. Un millón de copias de sus 10 libros publicados hasta ahora.

La "Asociación de Amigos de Teilhard de Chardin" de Francia ha sido modelo para otras fundadas en Sudamérica, Italia, Alemania, Inglaterra y Bélgica... Hasta los comunistas se han sentido atraídos por la doctrina de este jesuita y van a publicar en Rusia su obra más importante: "El Fenómeno Humano".

Dentro de la Iglesia Teilhard ha sido como el precursor de los tiempos de cambio en que vivimos. El hecho más importante de nuestros días es el Concilio Vaticano II, que, además de ecumenismo y trabajo por la unidad, significa renovación cristiana, revisión de actitudes, reconocimiento de errores tácticos, ensanchamiento de miras. Por doquiera pulula un ansia de menos legalismo y más espíritu de Cristo, más encarnación y menos escatología, más optimismo por la Pasión-Resurrección de Cristo y menos pesimismo de sabor maniqueísta. Todo esto aparece en la doctrina de Teilhard de Chardin, ayer precursor, hoy símbolo de este gran rejuvenecimiento espiritual. Eminentes católicos en todos los ramos lo reconocen así.

El impacto de Teilhard en la espiritualidad va teniendo más que

RD. DE CHARDIN

EVOLUCION Y ESPIRITUALIDAD

José Martínez Terrero, S. J.

eco: "Quizá dentro de unos siglos, cuando las incertidumbres del vocabulario de Teilhard y la disputa escolástica queden en un segundo plano, Teilhard será visto como un cristiano modelo, al estilo de Santa Teresa de Avila y San Juan de la Cruz en nuestros días" (Tresmontant, S. J.). "Aun teniendo en cuenta las inevitables imperfecciones de la naturaleza humana, la Iglesia Católica... puede reconocer con alegría que en Pierre Teilhard de Chardin ha dado a luz el auténtico testigo de Jesucristo, tal como nuestro siglo lo necesitaba" (Henri de Lubac, S. J.). "Teilhard de Chardin podría ser el padre de la moderna espiritualidad ignaciana", ha dicho otro teólogo jesuita francés de los más prominentes.

Esta profusión de alabanzas se estrella contra la fría muralla de la crítica. Se le ha llamado "el caballo troyano del catolicismo", "un hombre con peligrosas teorías en quien la seducción y la aberración máximas andan de la mano".

Polvareda y controversia alrededor de Teilhard. Todo por querer reconciliar la ciencia con la religión. Él trata de interpretar el pasado y el futuro a la luz del conocimiento de la ciencia positiva de hoy. Las conclusiones sacadas son después sintetizadas y combinadas con el conocimiento cristiano obtenido por la fe. Así, pues, su estudio del hombre se basa al comienzo solamente en la observación experimental, en lo que se ve de fuera, en el fenómeno. Esto es lo único que admite el agnóstico. Teilhard comienza por ahí para llevarlo más tarde a Dios.

Pero es imposible combinar lo religioso con lo científico y hacer una síntesis total sin tocar otros muchos campos. Teilhard los tocó sólo de pasada, pero su genio les comunicó un nuevo significado. Muchos lo consideran teólogo, filósofo, metafísico, aunque él lo nie-

ga en la Introducción a "El Fenómeno Humano". Otros han querido ver en él solamente al poeta; otros, al científico, al místico, al profeta, al apologeta, al sociólogo y hasta al psicólogo. Lo han llamado apóstol, misionero en medio científico. Quizá habrá que contentarse con algo más general que abarque todo esto: Teilhard de Chardin es un gran pensador, original, que estudia al hombre basado en la ciencia y en la fe.

La influencia de Teilhard junto con la controversia que le rodea nos invitan a asomarnos con prudencia a su doctrina. John Walsh señala cuatro campos que fueron "vistos quizá por vez primera en una visión común por un pensador cristiano que era al mismo tiempo un gran científico". Estos campos son el científico, religioso, social e histórico. Quisiera tocar por encima los dos primeros, los más importantes. Más es imposible. Muchas de estas ideas se hallan básicamente en "El Fenómeno Humano". Ahí está el meollo de su doctrina, aunque quizá no sea el mejor sitio donde comenzar a estudiarla.

Evolución científica

El principio de la doctrina de Teilhard es la evolución, pero una evolución desnuda de todo materialismo. Lo que vemos a nuestro alrededor no apareció de repente, y aun ahora nuestro mundo sigue cambiando. En este sentido evolución es un hecho. Ningún científico lo pone en duda hoy. No es ya una especulación no comprobada que trata de explicar la realidad (teoría), ni mucho menos una hipótesis.

Las divergencias entre los científicos comienzan al querer determinar la dirección de esta evolución. ¿Va el mundo orientado a algo? Y aquí entra en escena Teil-

hard de Chardin con su contribución más original: "Sí, hay una dirección planeada por Dios." Y sin separarse de los datos científicos, quiere descubrir esa dirección, esto que el hombre moderno busca con tanta angustia porque no quiere sentirse abandonado y solo.

¿Cuál es la dirección del universo? Ella comenzó en la materia primordial, punto Alfa, que supone Dios, y va llevando la materia hacia la perfección del espíritu, del Cristo total, punto Omega, Dios.

Desde los primeros eones, cuando nuestra galaxia era puro polvo cósmico, han estado actuando dos energías. La energía "tangencial" hace crecer los elementos "hacia fuera" en combinaciones más y más complejas: átomos, moléculas, células, plantas y animales. Pero esta energía no genera nueva energía, sino que se convierte en calor y se desintegra. Para dentro de 15 billones de años el sol estará ya frío y muerto.

El optimismo de Teilhard no pudo admitir esta muerte de la creación de Dios. Debe haber, pensó, otro tipo de energía, la "radial", espiritual, inextinguible, separada, pero relacionada con la tangencial, que pueda producir "hacia dentro" y "ad infinitum" más altas formas que impidan la muerte del universo. Esta energía se halla en la Conciencia de las cosas.

Así nació la Ley de Complejidad-Conciencia: a mayor complejidad de elementos y organismos, mayor Conciencia que los une ulteriormente. Esta ley se puede comprobar en cada estadio evolutivo, pero especialmente si se ven todos ellos en una visión de conjunto. Entonces descubriremos la dinámica que los organiza y una hacia un desarrollo ascendente. Porque los seres evolucionan, suben de una escala a otra, no por un mecanismo gratuito, sino por una íntima tendencia de la materia hacia su perfeccionamiento. Un día la Conciencia alcanzará su máxima perfección y la complejidad desaparecerá. Será la culminación del espíritu, del Cristo total. Todos los hombres estarán unidos en el amor, habrán llegado al punto Omega o perfección de la evolución.

Hay una propiedad de la energía radial que es la que está transformando todo. Es el amor. Todas las fuerzas de materia organizada lo tienen, aun la molécula. "En el hombre es la fuente más profunda de poder y es la única fuerza que puede unir a la humanidad. Esta unión de todos los hombres es un requisito para la unión con Dios, que es el fin de todo el movimiento evolucionario." (1)

Cuatro etapas distingue Teilhard en el proceso evolutivo. Cada una de ellas fue un avance gigantesco sobre la anterior y duró millones de años.

1) Pre-vida ("prévie", en francés). La vida ha existido siempre

en el universo, dice Teilhard, pero nuestros métodos científicos actuales no llegan a descubrirla en esta primera etapa.

El proceso evolutivo comienza con el nacimiento del universo (Cosmogénesis) y los primeros pasos del mundo mineral e inorgánico. La ley de Complejidad-Conciencia va cumpliéndose en cada estadio. Ella nos permite medir el progreso de cada ser y su dignidad.

Una de las cosas difíciles de explicar es el significado exacto de esta Conciencia. Teilhard nunca la definió y por el contexto se ve que no fue un término feliz. Quizá hubiera sido mejor llamarla "Unidad", que es realmente lo que existe en todas las cosas. La ley de Complejidad-Unidad indicaría que a mayor complejidad corresponde mayor unidad. Una arriba, por ejemplo, tiene más unidad que diez millones de soles. No hay duda que la forma más alta de unidad es la Conciencia, que nosotros sólo aplicamos al hombre; ella unifica toda nuestra actividad vegetativa, animal y espiritual. Teilhard llamó análogamente Conciencia a la unidad que se encuentra aun en los primeros estadios del proceso evolutivo de la materia. En la célula la Conciencia se manifiesta a través de sus reacciones con el exterior.

2) Vida. Un gran avance evolutivo ha ocurrido en el mundo; la vida se muestra tan pujante que puede ser descubierta por nosotros. Ha nacido la vida (Biogénesis). Una capa de seres vivos de todas las formas cubre la tierra, formando la Biosfera.

En ellos aparece más claramente aún la ley de Complejidad-Conciencia. Por la Conciencia el animal puede ya conocer y usar las cosas según su instinto. Por la complejidad el sistema nervioso sigue evolucionando hasta que entre los fillos de la cabeza aparece uno de cerebralización pura y directa, que lleva al hombre.

3) Pensamiento. Pasaron dos mil millones de años. De entre los primates, aún irracionales, hubo uno que experimentó la "pausa momentánea de la reflexión". "En él la Conciencia, por vez primera en la tierra, se volvió a sí misma hasta que llegó a ser pensamiento." ("Réflexions sur l'Ultra-Humain"). La Conciencia pudo percibirse a sí misma y "aparece el hombre como la cumbre del cosmos, como su realización final y su resumen" (2). Todo el movimiento de la creación tuvo su fruto. Dios hizo aparecer el hombre como un regalo que se acomodaba perfectamente a la petición cósmica por una Conciencia más completa. Él no sólo llegó a conocer como los demás animales, sino conoce que él conoce.

A partir de este momento, la evolución se convierte en autoevolución irreversible e inmortal. Hasta ahora el progreso del mundo había tenido lugar a base de pre-

siones externas. De ahora en adelante, el hombre puede controlar su propio avance por medio de su pensamiento reflectivo.

Los individuos forman familias. Aparecen lazos que crean tribus y naciones. El reino de la inteligencia se va haciendo cada vez más fuerte, hasta que las criaturas humanas pensantes forman una como capa sobre la superficie de la tierra. (Noosfera). Muchos procesos y acontecimientos han ocurrido desde la aparición del hombre. Todos ellos le llevan a la socialización que mezcla y une toda la humanidad en un nivel puramente natural.

4) Supervida ("survie", en francés). La cuarta etapa de la evolución se desarrolla en la humanidad con el fenómeno de convergencia. Pongamos una comparación: una pulsación toca el polo sur de una esfera y se desliza hasta el polo norte. Dos fases podríamos distinguir en el movimiento de la onda: una fase de expansión (del polo sur al ecuador) y otra de contracción (del ecuador al polo norte). La pulsación, desarrollándose igualmente en una superficie curva a través de las dos fases, convergería.

Por treinta mil años el "Homo Sapiens" pasó por la fase de expansión, dividiéndose más y más en razas, lenguas, culturas. La segunda fase de contracción comenzó hace poco tiempo. La humanidad está a punto de "unirse racial, económica e ideológicamente, con una velocidad acelerada y presión constante... El mundo humano está siendo empujado irresistiblemente a unirse, está convergiendo sobre sí mismo" (3). Allá en el futuro el hombre moderno puede vislumbrar la promesa de un estado adulto, ultrahumano, fruto de la energía radial.

En esta última etapa de la evolución las personas se unen sin perder su individuación. Se debe a una propiedad de la energía radial, el amor. Concretamente, lo que empuja a la unión sin destruir la diferenciación de las personas es el amor traído por el cristianismo. Así como la evolución animal preparó un cuerpo capaz de recibir un alma espiritual, así en un nivel superior la evolución humana, a través del amor cristiano, está organizando poco a poco una persona colectiva, suma total de la Conciencia humana, que preparará al hombre para el último estadio de su perfección. Entonces un superorganismo contendrá la humanidad. Para Teilhard es el Cuerpo Místico de Cristo (Cristogénesis), que respeta la individualidad de las personas que lo componen. (Para Bergson y Plotino, la humanidad estaría unida, pero sin diferenciación de personas.)

"Esta unión diferencia... Gracias a este principio fundamental, las personalidades no pueden hacer otra cosa que afirmarse ellas

mismas dirigiéndose a un alma o unidad psíquica más alta. Para esto se requiere como condición que ese centro, al que ellas se unen sin mezclarse, posea por sí mismo una realidad autónoma" ("L'énergie humaine"). Este centro es el punto Omega, personal y trascendental, cumbre de la evolución, punto final de convergencia del mundo material y espiritual, Cristo Encarnado en quien todas las cosas encontrarán su consistencia. El final de la evolución de Teilhard coincide expresamente con lo que nos dice San Pablo: "Y cuando le hubieren sido sometidas todas las cosas le sometió para que Hijo mismo se someterá al que todas las cosas le sometió, para que Dios esté todo en todas las cosas." (I Cor. 15, 28).

Espiritualidad

La espiritualidad de Teilhard corresponde a su visión del mundo. Brotó cuando Teilhard se enfrentó al siguiente problema. Según San Pablo, la vida debe ser vivida con y en Cristo. Por otra parte, una antigua idea ascética nos dice que esta vida es una miseria, un valle de lágrimas, vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Cómo conciliar esta aparente tensión entre Dios y el mundo? "¿Debe uno renunciar a ser humano en el sentido amplio y profundo de la palabra para ser cristiano?... ¿Debe uno, para estar unido con Cristo, desentenderse del progreso peculiar del Cosmos?... Este es el problema: existencial del corazón del cristiano, donde la fe divina, que soporta todo esfuerzo humano, choca con las pasiones terrenas, que forman la savia de ese esfuerzo." ("La vie cosmique", 1916).

Este es el "problema que presenta multitud de facetas y de resonancias, ya que esta especie de dualismo de motivos, de fuerzas, de ideales, abarca toda la actividad de la Humanidad cristiana; de ahí esas tensiones, frecuentemente mal resueltas en la práctica, entre humanismo y santidad, entre vida terrestre y vida cristiana, entre civilización y religión" (4).

El cisma entre el mundo moderno y la Iglesia estaba en los momentos más serios. Era el final del pasado siglo y comienzo del presente. Teilhard lo experimentó. Y él luchó contra una caricatura de teología y espiritualidad completamente ajenas al espíritu de la Iglesia, contra una ascética extrañada (por anticristiana) que detrás de cada adelanto de la técnica moderna sólo podía ver un diablillo que se frotaba las manos entre carcajadas de bruja. Quiso rechazar desde el primer momento aquel cristianismo demasiado jurídico, moral, individualista y hasta platónico. Hizo un esfuerzo de gigante para librar a la espiritualidad de ciertos residuos maniqueístas aún existentes y al mis-

ticismo cristiano de su aspecto más mórbido e infrahumano.

"En estos tiempos lo que nos hace falta a todos, más o menos, es una nueva formulación de la santidad", exclamaba Teilhard en 1940. A una creación más evolucionada corresponde un nuevo tipo de santidad. Los principios son los mismos, pero la aplicación en cada época es distinta. El germen debe desarrollarse. Esta parece haber sido la vocación específica de Teilhard: descubrir, como un pionero, este nuevo tipo de santidad.

En la historia de la Iglesia toda nueva forma de espiritualidad ha vuelto sus ojos a la Sagrada Escritura. Benito y, sobre todo, Domingo, Francisco e Ignacio bebieron en la Biblia, especialmente en el Evangelio, las características de su santidad. El interés con que el mundo católico ha comenzado ahora a estudiar con pasión la Biblia es sólo una señal más de que estamos en tiempo de cambio.

Teilhard también fue a la Sagrada Escritura y tomó de ella quizá más que otros. Al contacto con ella nació una prolongación de la espiritualidad bíblica. Su objetivo: lograr el cielo a través de la realización de la tierra. El cielo y la tierra nos hablan de la gloria de Dios. Él puede ser conocido y amado por lo que creó. San Pablo le dio el sabor estrictamente cristiano a las ideas de Teilhard: el amor a la creación se puede desarrollar al mismo tiempo que el amor a Cristo. ¡Podemos cristificar la materia!

Nuestro ser natural y el mundo sensible que nos rodea deben ser concebidos como partes integrantes del Cuerpo Místico de Cristo. Según eso, las cosas humanas y terrestres son algo divino por sí mismas y no sólo por la intención con que se usan. La obra terrestre es ya obra celestial, obra de cristificación. Trabajar por el propio perfeccionamiento natural y por el del mundo es trabajar para Dios. Contribuir al progreso humano es contribuir al progreso divino.

El hombre no es para Teilhard un ser extraño que cayó de pronto dentro de este mundo, sin ninguna relación con él. El hombre debe cooperar con Dios. Dios en la creación (¡como en la Redención!) no quiere trabajar solo. "Ya casi vamos a descubrir que los poderes naturales y sobrenaturales del hombre están todavía en completo crecimiento, y esto aún será por varios millones de años. Creemos que la humanidad ya estaba madura. En realidad, aún no ha sido creada por completo ni individual ni sobre todo colectivamente, que es a lo que lleva la convergencia del Espíritu... Sin desviarnos demasiado hacia ningún naturalismo o pelagianismo, el creyente descubre que él puede y debe tener, más aún que el no creyente, una pasión por el progreso de la tierra, requisito

para la consumación del Reino de Dios." ("Note sur la notion de perfection chrétienne").

Por consiguiente, el ascetismo no consiste tanto en librarnos y purificarnos de la materia, como en la problemática maniquea, sino en espiritualizarla, en santificarla, sobrenaturalizarla, en trabajar junto a Dios, como dice San Pablo.

Esto no significa que el cristiano sea modernista, iluminado, visionario o naturalista pagano; el verdadero cristiano ama la tierra "para hacerla más pura y sacar de ella el vigor que necesita para escapar al mismo tiempo de ella" ("Le Milieu Divin", p. 143).

El poder espiritual de la materia

El conjunto de cosas, energías y creaturas que nos rodean, en cuanto que son palpables y sensibles, eso es materia. Tiene dos aspectos: el primero, consecuencia del pecado original, representa una aspiración hacia el fracaso. El segundo, fruto de la Encarnación, nos lleva a la elevación del ser. Nuestra tarea es subir hacia la luz, apoyándonos en las cosas creadas. Ellas no son exactamente obstáculos, sino escalones, alimento en el que hay que gastar algo de energía si queremos aprovecharnos de él.

En este sentido Teilhard nos asegura que la materia tiene un poder espiritual. Este poder está difuminado casi en cada creatura. El genio creador del artista lo descubre a su modo en la materia en la forma de línea, color, forma y sonido. Hasta el sufrimiento y el dolor llegan a producir bienes espirituales inmensos. La tarea del Cuerpo de Cristo, que vive en los fieles, es descubrir, liberar y extraer ese poder espiritual puro. Poco a poco el trabajo se hace en la Iglesia gracias a las distintas vocaciones de sus individuos. Las raíces de la Iglesia están firmemente ancladas en la tierra mientras que sus hojas se encuentran serenamente expuestas a la luz del sol. Ella refina y convierte en flores la savia extraída por la más humilde de las raíces.

A medida que el trabajo avanza hay partes que se gastan. La humanidad se va cristianizando y cada vez necesita menos de cierto alimento terreno... Este es el momento de una "corriente general de la materia" hacia el espíritu. Día llegará en que el hombre haya absorbido todo el elemento espiritual de la materia. Entonces nuestro mundo estará listo para la gran Parusía.

El medio divino

Teilhard desarrolla en su libro "El Medio Divino" cómo debe vivir el cristiano consciente de esta omnipresencia divina en la crea-

ción. Nos referimos a él para un entendimiento más preciso de sus ideas.

Dios está presente en el mundo por medio de su acción continua de crearnos y conservarnos. Esta acción tiende a transformarnos en la unidad del Pleroma paulino. El elemento que organiza el Pleroma es Cristo, que actúa como "un centro de irradiación para las energías que a través de su humanidad llevan el universo otra vez a Dios" (Id., p. 149).

Por lo tanto, el Medio Divino es la omnipresencia de la Cristificación. Cada acto mío, aun físico, me hace una parte más importante de su Cuerpo Místico. Esta omnipresencia de la Cristificación es un acto único porque "sólo un acontecimiento ha venido ocurriendo en el mundo: la Encarnación, realizada en cada individuo por medio de la Eucaristía" (Id., p. 151); y la Eucaristía es también única, pues sólo hay una sola Misa y una sola Comunión. "A cada momento el Cristo Eucarístico controla... todo el movimiento del universo - El Cristo 'per quem omnia, Domine, semper creas, vivificas et praestas nobis'" (Id., p. 153).

Conclusión

Dijimos que Teilhard fue un precursor. Pasaron los años y Juan XXIII, en "Mater et Magistra", demuestra la misma preocupación seria de Teilhard por realizar aquel acercamiento entre la religión y el progreso científico-técnico de la civilización actual. Sólo quiero citar una frase del Papa: "Actualmente la Iglesia se encuentra ante la gran misión de llevar un acento humano y cristiano a la civilización moderna; acento que la misma civilización pide y casi invoca para sus progresos positivos y para su misma existencia."

Teilhard, como científico cristiano, presentó su solución. No todo lo que él escribió llega a convenir, pero él nos ha abierto un camino lleno de esperanza. Toda su grandeza de alma quedó retratada al evaluar su propia contribución: "Quizá me haya equivocado en algunos puntos; que otros traten de hacerlo mejor."

NOTAS

(1) Cyril Vollert, S. J. "Toward Omega: Man in the Vision of Teilhard de Chardin", *Theology Digest* (St. Mary's, Kansas), VIII (1960), p. 135.

(2) François Russo, S. J. "The Phenomenon of Man", *America* (New York) CIII: 5 (1960), p. 186.

(3) Pierre Teilhard de Chardin, S. J. "La réflexion de l'énergie", *Revue des questions scientifiques* (20 oct. 1952, p. 481).

(4) Celestino Solaguren, O.F.M. "La Cristología del P. Teilhard de Chardin y el Principio y fundamento de San Ignacio", *Manresa*, XXXV, N. 134 (1963) p. 16.